



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 11 DE JULIO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Cantos del Silencio

EL CANTO DE LOS PÁJAROS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El avión llegó con retraso. A mi destino final arribé en taxi, a las cuatro de la mañana. Timbré varias veces, pero nadie abrió. Marqué desde mi celular: "Ahora voy, Licenciado". Pasaron quince minutos para que la puerta se abriera. La oscuridad no dejaba ver el color de las flores de los árboles que se asomaban por encima del portón metálico. Cuando el intendente apareció, tomó mi maleta y me pidió que lo siguiera. Al pasar por un largo pasillo, estiró su mano hacia una puerta y dijo: "La oficina de la directora. Ahí estará la Madre Superiora esperándote mañana".

Cuando estuve solo, apagué la luz y me tiré vestido sobre la cama, con todo y saco. Me tapé con la cobija que encontré encima del armario. El silencio en el convento era más profundo que el de la tumba de cualquier santo. Cerré los ojos y, a los pocos segundos, escuché la voz cuchicheante de una mujer. ¿Me hablaba a mí? Cerré los ojos nuevamente y volví a escuchar sonidos provenientes del baño. Me levanté con el corazón latiendo como si diera golpes en mi propio pasado: una máquina excavadora operando entre aguas movedizas. Entré al baño despacio y descalzo. Noté una luz que se filtraba de un pequeño hoyito en la pared. Ahora la voz de un hombre cuchicheaba. Me asomé a través del agujero.

Pude distinguir las piernas desnudas de una mujer recostada en una cama y junto a ella, al hombre sentado y vestido en traje. "La luna se ha llenado de fuego", dijo ella, y él pasó su mano acariciándole las piernas. Se apagó la luz y no logré ver nada más que oscuridad. Intentaba identificar los sonidos. ¿Besos y suspiros? De pronto: un leve toquido... era a mi puerta. Salí del baño. "¿Quién?", pregunté en voz baja. "Olvidé entregarle su toalla", dijo el intendente. Abrí y la recibí. "Disculpe. ¿Quién duerme en la habitación de la izquierda?". "Era de la Madre Victoria; pero falleció hace años. Ahora está deshabitada".

Agradeci y cerré la puerta. Escuché el silencio pulcro, quieto, de mi cuarto. Volví al baño, a mirar, pero no alcancé a ver ni escuchar nada. Tardé una hora en reconciliar el sueño.

A la mañana siguiente, la Madre Superiora me mostró los cuartos del orfanato. Se trataban de grandes recámaras, con hileras larguísimas de camas para niños, pegadas en ambos lados de sus longitudes. Arriba de ellas: pequeñas ventanas se abrían y dejaban ver barrotes de hierro, los cuales impedirían entrar a alguien desde la calle.

Cuando estuvimos de regreso en su oficina, la directora me facilitó los documentos pertinentes. "Los estudiaré esta tarde. Si no le importa, saldré a tomar un café para ello". "No vuelva muy tarde, Licenciado. Las hermanas se inquietan cuando escuchan ruidos en las madrugadas, sobre todo cerca de la hora de Maitines". "¿A las diez de la noche le parece bien?". Ella asintió.

Regresé a mi habitación por libreta y pluma y de salida, detuve mi andar en la puerta de la directora: "Hermana, ¿alguien tiene acceso a la habitación de la Madre Victoria?". "Está vacía, licenciado, ¿para qué querría alguien ingre-



sar?". Contrariado, me disculpé por la impertinencia y salí a tomar un taxi.

Concluí que debían realizarse ajustes menores a la redacción de las entrevistas con algunos padres adoptivos. Pero no había necesidad de cambios de fondo. A las nueve treinta de la noche terminé mi análisis legal. "¿A qué hora cierran?", le pregunté al mesero. "A la una de la mañana". Ordené otro té y un pastelillo de limón helado, cubierto con crema batida. Regresé al convento a las doce, hora de Maitines Ingresé con la llave que la Supriora me había proporcionado, mientras se escuchaban cantos desde la capilla.

Entré a mi recámara sin encender la luz y me dirigí al baño. Oscuridad absoluta. Me senté en el retrete con la tapa abajo, extendí mis pies y comencé a recordar mis tiempos de juventud: cuando quise ser seminarista. Recordé el tacto de las hojas delgadas de las Biblias y cómo una mujer, la que se convertiría en esposa, cambió mis planes. De pronto, percibí un olor a rosas. La luz del cuarto al lado se encendió. Pude ver a una mujer desnuda dándole la espalda. A su lado había un armario negro con un florero encima; y adentro, rosas. Giró y se recostó sobre la cama. Un caballero en traje apareció para sentarse junto a sus pies. "De haber sido de otra manera, la luna hubiera adquirido su color de furia", dijo ella. Y se apagó la luz. La noche se hizo esbelta ante mi vista. Escuché con claridad el canto de los pájaros en los árboles del patio, un tanto enmudecido: como el cuchicheo de un par de enamorados.

HUÉSPEDES SILENCIOSOS
OLGA DE LEÓN G.

Esa tarde, el viento se escuchaba como una sinfonía salida del follaje de los árboles. Los pajarillos, felices aleteaban y seguían el ritmo acentuando ciertos acordes. El sol pintaba de colores entre pasteles y brillantes el entorno. La vida era apetecible: un cielo inmenso pintado de azul, suavizado por blancos de diversas formas que se movían sobre él: las nubes.

De no ser por un huracán que empezaba a formarse a casi seis horas de la ciudad, y de lo que sucedería luego, habría sido ese y los siguientes días, cualquier otro del año.

Recién habían llegado a la ciudad un par de mujeres y otro de hombres, hermanas gemelas ellas, y ellos igual, también idénticos. Solo la madre podía distinguirlos, bueno, las más de las veces, cuando no se proponían engañarla imitando los tics y modismos en la voz y la forma de caminar que cada cual tenía diferente, pero que ambos pares de hermanos y hermanas se las habían aprendido, para desconcierto de su propia madre.

Se quedarían pocos días, según me comentó el administrador del hotel; justo estarían cuando los vientos del huracán tocarían tierra. Su apariencia no denotaba con precisión la edad que tendrían: aunque su mirada parecía de ancianos que todo lo saben y escudriñan con disimulo. En general, no aparentaban más de cuarenta años: no se podía determinar fácilmente: raro: completamente raros: así fueron considerados por quienes los conocieron.

Los tres primeros días no salieron, ninguno de los cuatro huéspedes. Nadie los vio después de que entraron a sus cuartos... Ni siquiera cuando a la cuarta tarde, abandonaron el hotel. Solo la gente de aseo y arreglo de camas y baños supieron que ya no estaban cuando por fin pudieron entrar a hacer su trabajo.

Contaban con asombro y no dejaron de mostrar inquietud, los pocos parroquianos allí instalados al mismo tiempo que los cuatro gemelos (todos llegaron en el mismo tren del Pacífico), que durante el trayecto estuvieron siempre dormidos, no se levantaron de sus asientos, ni para ir al baño, y que tampoco los vieron comer a ninguna hora: el recorrido del tren había durado diez horas... venía del Norte.

Por fin, al quinto día, hubo noticia de sus presencias: las mujeres lucían vestidos vaporosos largos hasta cubrirles el huesito de sus tobillos (a la usanza de dos siglos atrás); y eran de tenues colores con predominancia del azul-celeste y verde

limón. Los varones de traje de levita, como militares para ceremonias especiales y con sus botines cafés, perfectamente aseados.

Qué cosas tienen los pueblos, en donde todo se sabe y siempre hay quien lo vio todo... pero, también otros afirman haber visto otras cosas muy distintas. Yo, como periodista de campo y de investigación, tenía que buscar la verdad de los hechos.

Era el quinto día del arribo de los gemelos: hermanos y hermanas, y seguía siendo un enigma su presencia en el hotel y en la ciudad.

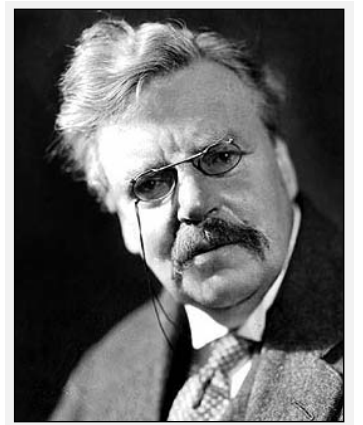
Cuando el viento empezó a cambiar: no era suave ni fuerte, simplemente no era, no soplaban, parecía muerto o desmayado. Las hojas de los árboles, inertes, no bailaban ni se caían. Los perros de la calle fueron a agazaparse en rincones, pegados a los edificios... los más fuertes y sólidos, como que habían sido construidos después de dos terremotos que sufriera la ciudad.

La calma es siempre bien recibida donde quiera, pero esta era una calma extraña, diferente a cualquier otro momento de quietud: el silencio podía escucharse, olerse y hasta sentirse en la piel. Fue, entonces, un personaje como esos que pintó Eduard Hopper, en Noctámbulos (Nightawk), La Autómata o La Gasolina. Cuadros que muestran la soledad y el silencio en lugares con personajes presentes y tan ausentes, a la vez.

Los gemelos aparecieron de la nada esa tarde, en la que todos vimos cómo, parados de frente al hotel, extendieron sus brazos que fueron creciendo exponencialmente y abrazaron completamente el hotel.

A primera hora de la mañana siguiente, los medios de comunicación, mostraban fotografías de los estragos causados por el huracán. Nuestro hotel quedó intacto, pero tenía incrustada en sus paredes, una especie de cinta hecha de telas en colores pastel, y amarrada en tramos por algo más fuerte, como piel de botines cafés.

Nunca volvimos a saber de los gemelos: raros: y... silenciosos.



G.K. Chesterton

(Campden Hill, 1874 - Londres, 1936) Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, G.Ks Weekly.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia oficiada por su amigo el padre O'Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (El caballero salvaje, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (como los dedicados a Robert Browning, Charles Dickens o Bernard Shaw, publicados entre 1903 y 1909), este conservador esteticista, similar al mismo Belloc o al gran novelista Ford Madox Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con El hombre que fue Jueves, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por El candor del padre Brown, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por Alfonso Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo harían un poco más tarde T. S. Eliot o Evelyn Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal reflejada, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), a la vez que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo, excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de gran poder de persuasión.

Los ya citados relatos del padre Brown siguen la línea de Arthur Conan Doyle, mientras que los dedicados a un investigador sedente, el gordo y plácido Mr. Pond (literalmente "estante"), inauguraron la tradición de detectives que especulan sobre la conducta humana a través de fuentes indirectas, desde Nero Wolf hasta Bustos Domecq, el policía encarcelado que forjaron Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, dos de los lectores más devotos que Chesterton ha tenido en el siglo XX.

ad pédem literae

Un chisme es como una avispa; si no puedes matarla al primer golpe, mejor no te metas con ella.

George Bernard Shaw

Letras de buen humor

Si es bueno vivir, todavía es mejor soñar, y lo mejor de todo, despertar

Antonio Machado

Javier García-Galiano

Biografía inconclusa

Como muchos, Lev Davidovich Bronstein vivió mucho tiempo en fuga. Se sabía perseguido y conocía al más peligroso de aquellos que lo consideraban su enemigo. Se le identifica sobre todo por su nom de revolutionnaire: León Trotsky. En México, donde había hallado refugio en enero de 1937, recibió una proposición de la editorial de Nueva York Harper & Brothers: que escribiera la biografía de su perseguidor: Iósif Dzhugashvili, que en la Konspiratsia adoptó el nombre de Stalin.

"La escritura de esta biografía para nada obedeció a la ira o al impulso de venganza", ha escrito su nieto, Esteban Volkov. "De hecho, León Trotsky sólo aceptó el encargo del libro a regañadientes. Su mayor interés estaba en concluir la biografía de Lenin, que ya había empezado".

En la introducción, Trotsky confesaba que su "biografía política" se proponía "mostrar cómo se formó una personalidad de ese género y cómo subió al poder usurpando el derecho a un papel tan excepcional. Por eso, al describir la vida y la evolución de Stalin durante el periodo en que nada o casi nada se conocía de él, el autor se ha preocupado de hacer un

análisis metódico de hechos y por menores aislados y del testimonio de quienes los presenciaron; mientras que al valorar el último periodo, se ha limitado a una exposición sintética, presuponiendo que los hechos, al menos los principales, son suficientemente conocidos por el lector".

Entre las adversidades a las que tuvo que sobreponerse no fue la menor la falta de documentos, la información exigua y a veces secreta que se confundía con la mitología perpetrada por los "Plutarcos soviéticos".

El día anterior al que recibió la proposición de Harper & Brothers, su hijo León Sedov había sido asesinado en París. Trotsky temía que "a través del hurto o de otros medios", refiere Rob Sewell, "los agentes estalinistas robaran o destruyeran los borradores y, por lo tanto, se tomaron todas las precauciones posibles para mantenerlos a salvo". Entre otras circunstancias aciagas, "debí mudarse de la casa de Diego Rivera en mayo debido a la ruptura de éste con el trotskismo, además de la batalla legal por la custodia de su nieto Sieva (Esteban Volkov)".

El atentado del 24 de mayo lo obligó a



dedicarse a declaraciones legales que le impidieron dedicarse a su "pobre libro", que el 20 de agosto de 1940, el día en el que murió asesinado Trotsky, "estaba a medio terminar", según Sewell. Su edición estaba planeada para 1941, pero "el gobierno de Estados Unidos intervino para impedir que fuera publicado. Después de que Hitler invadió la Unión Soviética, Roosevelt no quería molestar a su nuevo aliado, Iósif Stalin".

Natalia Sedova, la viuda de Trotsky, se opuso a la "violencia insólita cometida

contra los derechos de autor" cometida por el traductor al inglés y editor Charles Malamuth, que suprimió frases y párrafos y le añadió comentarios que no pocas veces le atribuyó a Trotsky.

Rob Sewell y Allan Woods han reconstruido el borrador, que publicaron el Fondo de Cultura Económica y el Museo Casa de León Trotsky el año pasado.

No se trata de una mera curiosidad o un libro sensacionalista, sino de un riguroso y revelador del biógrafo y el biografiado